

Alejandro von Humboldt

Escribe: GERARDO PAZ OTERO

SUS PRIMEROS 30 AÑOS

Diverso fue y sigue siéndolo, el destino de los dos hermanos Humboldts, Guillermo y Alejandro.

Sino que se inicia con el nacimiento: Guillermo, el mayor, nace el 22 de junio de 1767 en Potsdam, residencia de los emperadores prusianos, la ciudad de los palacios imperiales, el imperio del militarismo germano; su cuna se meció cerca al palacete de Sans-Soussi, donde Federico el Grande forjaba el poderío de Prusia, cultivaba las ciencias y las artes, anfitrión a los intelectuales de Europa, y era "vasallo espiritual de Voltaire", según la aguda frase de Goethe.

Alejandro viene al mundo dos años después (14 de septiembre de 1769) en Berlín, en la casa burguesa de la Jägerstrasse (calle del cazador) que su madre Elizabeth von Humboldt heredara de su primer esposo.

Descendientes de noble familia pomerana, el primogénito es bautizado pomposamente en la vieja iglesia de la Guarnición, ante la "Guardia de Potsdam"; con el nombre de Carlos Guillermo, y queda así ungido para ser uno de los grandes aristócratas de su época; su hermano, en cambio, recibe con las aguas bautismales del río Spree su consagración de común berlinés del siglo XVIII.

El histórico castillo Tegel era casa de campo del siglo XVI, con morerales para la producción industrial de seda natural; adquirida por los esposos Humboldts en 1765, es hasta hoy propiedad de los descendientes; ubicado en la cercanía de bosques-granjas para el cultivo de plantas exóticas destinadas a surtir los jardines reales; faenas a que se dedicaron los nuevos propietarios, pues las anteriores labranzas habían perdido su importancia económica.

Ambos pasaron la primera infancia jugueteando en los prados de romántico paraje, y su niñez en Berlín. El "viejo Berlín" de aquella época era inapropiado suelo para el desarrollo de talentos científicos; ambiente asfixiante de la vida espiritual dedicado a la molición cortesana, sin universidad ni academia, la orgullosa capital prusiana bien podía ser el escenario para espíritus aristócratas y campo apto a las inclinaciones diplomáticas de Guillermo, pero sin estímulos para la vocación científica de Alejandro.

Alejandro George von Humboldt, padre de los futuros célebres hermanos, murió tempranamente; no pertenecía a la rancia nobleza prusiana, tampoco era *junker* en el sentido alemán de la palabra; descendía de antigua familia feudal y su título nobiliario tenía reciente data; al casarse con la viuda de Mek, el nuevo hogar adquirió la holganza y categoría de las familias cortesanas.

Fue en el ambiente natural de Tegel, demarcado por el pintoresco lago y el río Havel, entre el monótono verdor de los pinares contrastado con el alegre colorido de las plantas florales traídas de ultramar, donde surgieron las inclinaciones por las ciencias naturales, por la botánica, en el alma pueril de Alejandro.

Y fue en el ambiente cortesano, de blandura, galantería y libertinaje, pero también de refinado buen gusto, en que se convirtieron Berlín y Potsdam bajo el dominio de Federico Guillermo II, donde la inteligencia del adolescente Guillermo sintió las primeras ansias por las bellas letras y la filosofía.

Ambos fueron modelados por el medio: la tranquilidad eglógica plasmó al naturalista; el bullicio cortesano al diplomático.

En 1779 murió el padre de los Humboldts dejándole a la viuda cuantiosa herencia en bienes de fortuna, y una más valiosa, sentimentalmente, representada en sus hijos de 12 y 10 años de edad; la madre confía la administración de ambos patrimonios al idóneo Kunth, maestro de la corte y pupilo de su esposo, quien inicia su labor pedagógica al regreso de la familia a la casona de la Jägerstrasse de Berlín, asesorado por los ilustres Jacob Engel, moralista y racionalista del convento "Grauen"; J. Löffler predicador luterano y más tarde profesor en la Universidad de Frankfurt en el Oder, librepensador opositor de la ortodoxia eclesiástica, lector de griego en el mismo convento, donde fue reemplazado por el matemático Ernest Gottfied; David G. Firedlaender, el más tarde primer concejal judío en la municipalidad berlinesa, y Christian Wilhelm Dohn, antiguo educador real en la corte del hermano de Federico II, profesor de derecho y economía política de tendencias antirrevolucionarias, que por aquella época era archivero secreto y consejero de guerra en el Departamento de Relaciones Exteriores.

El agudo talento del consagrado tutor descubrió en breve las disímiles aptitudes de los dos discípulos, las que supo estimular de conformidad con los sentimientos feudal-burgueses maternos para formarlos personalidades influyentes en el Estado prusiano; la disposición realista y contemplativa de Alejandro, su admiración por la naturaleza proyectolas hacia el estudio de las ciencias naturales, al paso que el romántico interés de Guillermo por la filología revelaba al futuro estadista y poeta; el mayor sería el aristócrata diplomático, el menor el científico demócrata.

Y Kunth, hijo de pastor protestante, profundo estudioso de la teología, identificado con el espíritu de los precursores de la revolución francesa y de los impulsores de la ilustración burguesa en Alemania, cumplió su misión.

La inquietud espiritual de los jóvenes Humboldts llevolos a frecuentar los círculos de la intelectualidad judía de Berlín. Henriette Herz y Dorothe Veit, hija de Moses Mendelsohn y más tarde esposa del poeta Friedrich von Schlegel, formaban en sus hogares los primeros clubs sociales de Berlín, puntos de reunión de escritores e intelectuales jóvenes de ambos sexos, de grandes burgueses y "rebeldes" nobles ávidos de ilustración.

No por casualidad ni por ocio habían surgido esos "oasis intelectuales" en el "desierto espiritual" de Berlín, donde desde la época de Lessing, el judaísmo alemán luchaba por la ilustración, por su libertad confesional-política, y por la igualdad de derechos ciudadanos que logró implantarse en todo el territorio en 1869.

Y no es de admirar que estos dos barones cultivasen íntima amistad con Henriette Herz y Rahen Levin Vernhagen, a quienes fueron presentados en la residencia de Marcus Herz, habida consideración que ambos, desde su adolescencia estaban libres de prejuicios raciales o sociales. Espiritual independencia nada común en las altas esferas adeptas a la corte, y que Alejandro declarara sin ambages en sus cartas escritas en hebreo a su amiga Henriette desde el "Castillo del aburrimiento", como él llamaba humorísticamente su señorial mansión. Refiriéndose a esta correspondencia escribió la señorita Herz: "Para un joven de la nobleza no podía serle indiferente declarar en cartas no confidenciales que encontraba más interesante departir en sociedad de mujeres judías que en el castillo de sus antepasados".

Concluída la educación primaria en Berlín, la madre afrontó en 1787 la separación de sus hijos en busca de ambiente académico; como que fue el mismo Guillermo quien lustros más tarde fundó la primera universidad, y Alejandro el "Néstor de las ciencias naturales" en la capital.

A instancias del institutor Löffler, promovido a la universidad de Frankfurt en el Oder como profesor de teología, marcharon los hermanos a la pequeña vecina ciudad, donde pese a su aplicación Alejandro no encuentra el ambiente científico adecuado, y humorísticamente le escribe a la madre: "La diosa de la sabiduría no tiene precisamente aquí su templo".

La cuna de la sabiduría alemana se encontraba en Göttingen y la de la filosofía idealista en Jena, donde se sucedían en las cátedras Fichte, Hegel, Schilling; Wieland explicaba la filosofía de Kant, el más grande pensador del siglo.

Hacia Göttingen enrumba la madre a sus hijos, primero Guillermo (1787) y un año después, Alejandro, retenido por su institutor en espera de maduración para los altos estudios universitarios, cuya personalidad la describió su hermano con estas palabras: "Es en verdad un joven bondadoso, que llegará a ser de gran provecho. Su corazón, a pesar de lo malicioso que parece, es en el fondo magnánimo. Su única falta es la vanidad y el ansia de brillar".

La visión del futuro diplomático y político le permitió precisar y profetizar la vocación naturalista del hermano menor; en carta de presentación al filósofo Fiedrich Heinrich Jacobi le decía: "Yo le amo infinita-

mente por la excelente bondad de su corazón y de su carácter. Entre él y yo encontrará usted gran diferencia. No obstante la idéntica educación recibida desde la infancia, nos caracterizaban y separaban muy diversas inclinaciones temperamentales, de carácter, e inclusive en las orientaciones hacia los menesteres científicos. Su cabeza es más rápida y fructífera; su fuerza imaginativa más vivaz; su sentimiento cultural —quizá por su celosa dedicación a las artes, el dibujo y modelación en cobre— mucho más ejercitado y formado. En general, su entendimiento posee más sentido y fuerza para captar nuevas ideas de la esencia de las cosas; yo, en cambio, más capacidad para desarrollar ideas, combinarlas y elaborarlas...

Y ambos inician órbitas diferentes desde su juventud; Guillermo fiel a sus inquietudes políticas aprovecha sus vacaciones académicas para visitar, en compañía de su antiguo maestro, a Tegel, Campe, París, escenario ya de los prolegómenos de la revolución, y “asistir a los funerales del absolutismo francés”, según propias palabras de Campe.

En tanto que Alejandro se va de vacaciones por el Rihn, desde Düsseldorf, aguas arriba, hasta Manheim y Heidelberg, deleitándose en sus románticos paisajes y observando las conformaciones geológicas de sus riberas, para un año más tarde publicar su primer libro intitulado **Observaciones minerológicas sobre unos basaltos del Rihn**.

Por ese entonces la configuración de la tierra era tema de apasionante controversia entre los científicos divididos en dos bandos irreconciliables; geólogos como Abrahan Gottlob Werner afirmaban que las montañas se habían formado por la superposición de elementos sólidos, lodo, etc., de los mares, e inspirados en la mitología romana se denominaban “neptunistas” en homenaje a Neptuno el dios del mar y de las corrientes. Sus impugnadores eran los “vulcanistas” con la teoría de que las formaciones rocosas provenían de masas incandescentes líquidas, y con idéntica imaginación mítica se apellidaban “plutonistas” en honor a Plutón, el dios del averno y las profundidades; estaban representados por sabios franceses e ingleses.

El mundo intelectual de la época tomó parte activísima en esta original polémica; en Alemania el mismo Goethe y los naturalistas eran “neptunistas”; también el joven Alejandro terció en la discordia y su contribución fue el ya citado libro sobre los basaltos renanos.

Afirmaba que el estudio de la naturaleza debía acometerse no solo desde el punto de vista de “materias” y “fuerzas” sometidas a los influjos químico-físicos, sino como resultado de múltiples manifestaciones de la vida orgánica, para lo cual era preciso investigar la verdad geológica que pusiera fin a una discusión, fruto de la ignorancia reinante.

Surgió así en el sensible espíritu de este joven una ilusión, un ardiente deseo científico por lo “inexplorado”, al que consagró todos sus afectos; el amor por lo “desconocido” sublimó en él todos los instintos y pasiones terrenales.

Lo “desconocido”, o lo “inexplorado”, cautivaron desde entonces su vida intelectual, emocional y volitiva: un solo ideal le dominaba: ir en pos de lo nuevo, de lo ignorado para investigarlo en la lejanía, en lo distante.

Göttingen le ofrecía ciencia pero no vivencias adecuadas a sus aspiraciones; no fue en verdad la aventura sino el amor por la investigación lo que le impulsó a abandonar los estrechos horizontes de su patria para mirar el mundo más allá y poder tener una concepción integral del cosmos.

Toda obra revolucionaria tiene su Mesías, y el mundo se encontraba por ese entonces al borde de dos trascendentales reformas: la social y la científica, en ambas iba a tomar parte, y al hacer ver la necesidad de cambios fundamentales en las estructuras político económicas implantadas allende los mares por la Corona Española y los colonos, colaboraba en la gran causa de la libertad y la dignidad humanas.

Su inspirador de estos nobles ideales fue Johan George Forter, domiciliado en Göttingen, a su regreso del segundo viaje en velero al rededor del mundo; espíritu realista y romántico como él, fue su amigo predilecto.

A la edad 11 años acompañó a su padre, Reinhold Foster, en su excursión por Rusia, y posteriormente en la travesía mundial, invitados por el célebre viajero inglés Coks.

Extraordinaria personalidad la de Foster senior: dominaba 17 idiomas, era teólogo, matemático, filósofo, etnólogo y maestro de su hijo; los desconfiados británicos le impusieron como condición para asesorar científicamente a Coks, que sus informes fueran exclusivos y secretos para el Real Consejo de Estado. Correspondió al hijo cumplir las obligaciones adquiridas por su padre, cuando este empobrecido recibía como reconocimiento a sus servicios para Inglaterra el doctorado *honoris causae*, y la confinación en la Torre de Londres, de donde fue rescatado años después por el obediente y desamparado hijo, cuando, gracias a sus méritos científicos adquirió sólida posición en la Escuela Superior de la Academia Militar de Kassel; como desagravio a los vejámenes ingleses el gobierno alemán nombrolo profesor en la Universidad de Halle.

En 1784 el joven Foster aceptó una promoción para Wilna, y cuatro años más tarde fue bibliotecario del elector de Maguncia; tal el *curriculum* de un hombre cuyo verdadero mérito consistió en la rara universalidad de sus conocimientos, unida a una concepción realista del mundo con un modo de pensar esencialmente humanístico, y haber sido el consejero espiritual de Humboldt en aquel período histórico de los viajes mundiales, de la lucha por la existencia de la familia, de la actividad literaria, de la investigación y del adoctrinamiento popular.

Hermann Hettner en su *Historia de la literatura del siglo XVIII* escribió sobre George Foster: "Los contemporáneos, concedores de sus cartas inéditas, admiramos a George Foster como a un escritor clásico de extraordinarios conocimientos y preparación; le estimamos como a uno de los hombres más nobles y puros, y le rendimos homenaje tanto más sincero como conmovedora fue la tragedia que avasalló sus últimos años".

Lo que el historiador literario del siglo XIX consideraba una "gran tragedia" no era otra cosa que el heroico sacrificio de un hombre que "celoso amigo de la libertad y de la república, luchó por implantar el bien de la humanidad".

Con razón este personaje excepcional, auténtico valor humano, en el año revolucionario del 89, cuando conoció a Humboldt, consignó en su obra **Arte y siglo** esta terrible admonición para los de su época y para los de todos los tiempos: "El patriotismo no puede entusiasmar a quien no tiene patria sino amos". Y en su otro libro **Arte del Estado y felicidad humana**, le decía: "Por fin, amigo, parece llegado el momento en que aquella ficción de la felicidad que por tanto tiempo se ha tenido como meta de la humanidad, sea derrocada, y en su lugar se coloque, como verdadero símbolo de la vida, la dignidad humana".

Fue en la misma Inglaterra, preocupada únicamente por su poderío marítimo, enemiga de toda renovación violenta, cuyo vocero Edmun Burke condenaba la revolución francesa, donde Foster concibió la necesidad de una inevitable decisión política, y como humanista sincero que siempre condenó el servilismo de los hombres ante el despotismo, se declaraba públicamente partidario de un hecho humanitario; para él el período sangriento de la revolución francesa no era otra cosa que una obra de justicia de la naturaleza; "La Asamblea Nacional de París, decía, nunca pensó que los acontecimientos fuesen tan lejos como fueron, pero la rígida exigencia del tiempo y las circunstancias lo impusieron".

Fueron estos mismos planteamientos los que obligaron a Foster a proceder en su patria, fiel a sus ideas, cuando en Mainz conoció y vivió aquella corrupción de la creciente inmigración de aristócratas franceses, la lastimosa fuga de los déspotas alemanes ante la amenazante armada nacional francesa, y la deshonrosa falla de las clases conductoras frente a la necesidad y realidad de la revolución. No dudó en colocarse a la cabeza de los "clubistas" de Mainz y de la "Sociedad popular" que adelantó la lucha por la libertad de las gentes soguzgadas en el país alemán. Tampoco aceptaba que debían existir dos clases de hombres: señores y vasallos; "llegará el tiempo, escribía, en que el mérito de los hombres no se apreciará ni por su rango, así sea congénito o adquirido, ni por su poder, ni por su riqueza, sino únicamente por su virtud y su sabiduría".

Foster viajó en 1773 a París para llevar a su patria, a través del fronterizo Rihn, el mensaje de los **Derechos del hombre**; grande fue su desilusión en la capital revolucionaria al comprobar que en Mainz se perdía la causa de la libertad por el ejército a sueldo de los príncipes, y se desvanecía su esperanza de implantar en Alemania el germen de la revolución francesa.

Solitario, en lecho de dolor, murió el 10 de enero de 1794 uno de los más geniales hijos del pueblo alemán, proscrito de la patria que él inició a madurar para la lucha e implantación del derecho de gentes.

En Mainz se bifurcan los caminos que el destino tenía trazados a los hermanos Humboldts: Alejandro emprende de nuevo viaje por el Rihn hasta su desembocadura; en Inglaterra admira las maravillas ocultas del mundo distante en la rica colección naturalista de sir Joseph Bank; pasa a Hamburgo para continuar estudios, y el ambiente cosmopolita del gran puerto acrecienta sus deseos de evasión. Guillermo, convertido en un legítimo hijo del tiempo de Werther, abandona Göttingen en pos de la ilusión; en su corazón había nacido el amor por Carolina von Dacheröde, su futura esposa, quien lo relaciona con el célebre poeta Schiller.

Los primeros honores discernidos a ambos fueron lenitivo para la cruel dolencia que sufría la madre: su primogénito fue nombrado asesor del Tribunal Supremo de Berlín; y el menor recibe este real mensaje: "Su majestad... ha decidido aprovechar los conocimientos teórico-prácticos adquiridos por Aljeandro von Humboldt en matemáticas, física, historia natural, química, tecnología y mineralogía, y en consecuencia le nombra hasta el fin asesor técnico de la explotación y administración de minas del reino".

La responsabilidad del funcionario, su humanitario modo de pensar, el impulso hacia la actividad útil y su espíritu investigador le capacitaban por igual para sobresalir como eficaz superinspector real de minas, minero práctico, y escudriñador de la naturaleza, como que al lado de sus deberes oficiales cultivaba el interés por la botánica y la geología; siempre listo a captar nuevas relaciones entre los seres y las cosas, registraba con satisfacción que sus aportaciones contribuían a aumentar el acervo de conocimientos de la época, "experimento, decía, una humana y superior alegría al poder descubrir algo que esté en relación con la conservación de las clases trabajadoras".

En este afán de ordenar las nuevas observaciones en conformidad con las leyes naturales, el análisis químico del aire de las minas y la generación de gases especiales en los socavones, lo inducen al estudio de la composición química del aire atmosférico para deducir saludables resultados, que contribuyeron al descubrimiento del oxígeno por Priestley, y consignadas en su libro **Ensayos sobre la descomposición química de las corrientes de aire.**

El interés por la botánica le permitió observar el crecimiento de ciertos hongos y vegetales en los oscuros socavones y canteras, que privados de la luz solar comportaban una doble existencia durante el día y relacionar estas mutaciones biológicas con los procesos de nutrición, respiración y colorido de las plantas.

La flora le subyugaba; inspirado ante el majestuoso panorama de un pinar, le escribía a un amigo en 1794 desde Goldkronach: "Estoy trabajando en un campo hasta hoy desconocido en la historia del mundo. El libro aparecerá dentro de veinte años bajo el título **Ideas para una futura historia de la geografía de las plantas, o, Noticia histórica de la sucesiva propagación de los vegetales sobre la superficie de la tierra, y sus relaciones geognósticas generales**".

El ardoroso empeño de descifrar las fuerzas vitales manifestadas en la naturaleza, que más tarde lo llevarían a realizar sus anheladas observaciones en las selvas de la América tropical, se vio estimulada por centenar de obras y cartas de hombres de ciencia que de todas partes del mundo culto le llegaban a su Oficina Superior de Minas en Frankonia.

El mismo hermano, Guillermo, en carta de Carlos Gustavo von Brinkmann (marzo de 1793) captó así su genialidad: "Se complementan en él la descomunal profundidad de sus conocimientos, la inigualable agudeza y la rara agilidad de combinación ideativa con la férrea aplicación, dilatada erudicción e ilimitado espíritu investigativo. Desconozco lo que hasta ahora haya producido, no exagero en mis apreciaciones y la posteridad

confirmará mi juicio. No es mi propósito alabarlo ni admirarlo, pero del conocimiento personal y de lo mucho que le he escuchado, debo declarar que su consagración al estudio de la naturaleza formará parte integral del estudio de la humanidad. Desde hace siglos se impone una restauración de las ciencias e intensidad del esfuerzo humano, y esa necesidad crece cada año...".

Y Alejandro no defraudó a sus admiradores: En 1793 publicó en latín su **Flora de Freiberg**, una descripción basada en la sistemática de Linnés, con más de dos mil quinientas clases de criptógamas de la región, varias aún desconocidas, con un apéndice intitulado **Aforismos sobre la fisiología química de las plantas** que le mereció, entre otras distinciones, la Gran Medalla de Oro del Elector de Sajonia.

Humboldt confirmó el descubrimiento de Priestley sobre los procesos metabólicos respiratorios de plantas y animales, y basado en sus múltiples experimentos sobre las plantas subterráneas substraídas a la acción del sol, dedujo la afirmación de que también en las cenizas hay elementos útiles para su alimentación, sentando así las bases para el descubrimiento de los abonos, cuyo revolucionario significado en la nutrición de la humanidad puso posteriormente en evidencia Justus Liebig en su **Agricultura química**.

Igualmente sus experimentos con semillas de berros, guisantes y habas, le permitieron descubrir la existencia de sustancias que puestas en contacto con las plantas estimulaban su crecimiento por "excitación, adelantándose así en siglos al novísimo descubrimiento de las vitaminas agrícolas.

Los **Aforismos** de Humboldt contenían observaciones, verdades e intuiciones que luego sirvieron a los científicos para continuar fructífero trabajo. Los conceptos de "excitabilidad" y "fuerza vital" allí consignados revolucionarían las ciencias; supo él aplicarlos en Viena, en 1792, a los ensayos de Galvani, y en 1795 en Pavía a los de Volta, con quien disertó sobre los secretos de la naturaleza, dejando así expedito el camino que debían transitar posteriores biólogos para llegar a explicarse la vida no como una "materia" sino como resultado de complicados, y aún hoy incompletamente conocidos procesos químicos; porque en el fondo de toda la obra humboldtiana se vislumbra el incentivo de cooperar a desatar el nudo gordiano de la sabiduría y a responder a la gran pregunta: ¿qué es la vida?

Ante los excelentes rendimientos económicos que gracias a la dirección de Humboldt daba la explotación mineral en Franken, el real ministro de Prusia para minería, deseoso de aprovechar su capacidad organizadora en la industria minera y salinera de toda Alemania, le formuló halagadoras ofertas que el joven científico aceptó considerando la oportunidad de proseguir sus estudios geológicos en los mismos yacimientos. En efecto, logró emprender interesantes inspecciones por Michen, en las salinas bábaras y salzburguesas, luego pasó a Viena y a las riberas galiciana y silesiana. Aprovechó su estada en la ciudad universitaria de Breslau para doctorarse, luego fue nombrado miembro de la Academia Leopoldo Carolina, y en 1794 recibió el encargo real de visitar las provincias orientales de Prusia e informar sobre la utilidad y rentabilidad de los recién instalados baños gredosos y refinerías salitrosas.

Humboldt, científico por vocación, ejerció fugaz misión castrense en el Campamento Real y en el Cuartel General del Mariscal von Möllendorf, donde el señor von Hardemberg, ministro del Principado de Franken, le ocupó, como señor libre en algunos menesteres diplomático-militares, actividad que él desempeñó con brillo, no obstante considerarla “fuera de su órbita” pero aprovechable para estudios geológicos de los territorios recorridos por las tropas. “Conozco ya suficientemente la configuración geográfica de todo el occidente de Alemania, escribía en 1794 al Cuartel General de Brabant, he inspeccionado algunos fosos y caminos y pienso dedicarme en el próximo invierno a elaborar una gran obra mineralógica, algo así como una perspectiva geognóstica de Alemania”.

Sus propósitos de conocer tierras lejanas le hicieron rehusar otras ofertas del gobierno de Prusia, que en el ánimo de asegurar sus conocimientos al servicio de la industria minera, le ofreció elevados emolumentos, pero la vida muelle de su patria y las perspectivas de un gran futuro oficial no lograron alejarlo de sus sueños dorados.

Sueños para él irrealizables mientras viviese su madre, no solo por ser la administradora de la fortuna familiar, sino por cuanto sus sentimientos filiales le impedían abandonarla, enferma como estaba de cáncer del seno; por otra parte consideraba inmoral aceptar prebendas oficiales solo por las canonjías económicas.

Ni fanático “federiciano”, ni convencido prusiano, de nacimiento “Señor de posición”, por su modo de vida y convicciones convertido en un ciudadano que sin ser revolucionario llevaba en el corazón los ideales del 89. Alguna vez ensayó de lírico para cubrir con ropaje poético cierta contemplación científica, y compuso el *Rodischen geinuis*, donde, para solaz de Schiller que nonó de Goethe, consignó esta política divagación: “la cercanía de los príncipes le roba aun a los hombres más geniales su espíritu y su libertad”.

Dijérase que una intranquilidad creadora poseía su espíritu; en 1795 emprende excursión a Italia en compañía de su amigo de infancia Karl Freiesleben; se encuentran en Sschafhausen y durante ocho semanas recorren a pie las románticas regiones del Tirol, el Jura, los Alpes suizos, Zurich, Berna, el paso del Gotardo e Italia norte.

Fue durante este paseo por la más bella naturaleza de Europa, ante el romántico panorama bávaro, en la apacible Bayrut donde Humboldt confesó su amor a la señorita von Heften, hermana de un oficial y camarada de romería; se han preguntado sus biógrafos por qué el sabio no la hizo su esposa; quizás su pasión por la ciencia, o el evitarle las mortificaciones de hacerla compañera de un incansable viajero le hicieron desistir del idilio, único en su larga vida consagrada a las plantas y los minerales.

El 14 de noviembre de 1796 moría en el solitario castillo Tegel la madre de los Humboldts; Alejandro contaba ya 27 años y solo entonces llegaba a la mayoría de edad legal al cesar el albaceato de Kunth y entrar los hijos en posesión y administración de sus bienes; herencia que Alejandro invirtiera totalmente en la realización de sus ideales. “Aprovecharé, le escribía en el mismo año al botánico Willdenow, las felices circunstancias

que ahora me rodean; mi viaje está indiscutiblemente seguro; me prepararé algunos años más, permaneceré algún tiempo en Italia estudiando sus volcanes, luego viajaré a París para seguir a Inglaterra donde permaneceré otro año, pues no me corre prisa para prepararme, y luego saldré en algún barco inglés para las Indias Orientales”.

Obstáculos y fracasos surgirían en su camino que nunca lograron desalentarlo; pero también estímulos espirituales como lo fue su amistad con el gran Goethe, quien le profesaba mucha admiración: “He pasado con Humboldt un tiempo agradable y provechoso para mí; afirmaba el poeta, mis trabajos natur-históricos han despertado de su sueño invernal ante su presencia”. Animista como él en busca de las fuerzas vitales, le escribió en 1770 desde Strassburg: “El cadáver es solo una parte del animal, le falta algo más esencial, la vida”. Y en vísperas de su gran viaje a Suramérica declaraba: “Lo considero como único en su clase, no he conocido a nadie que una a tan determinada y bien dirigida actividad un espíritu tan polifacético. Es incalculable lo que Humboldt puede hacer por la ciencia”. Schiller, su otro gran amigo, era en cambio un escéptico.

Su primera frustración fue el viaje a Italia; por esos días Europa era escenario de continuas guerras, apenas firmado un tratado de paz surgían nuevas perspectivas bélicas, Napoleón había hecho su entrada triunfal en París, continuaba la guerra defensiva de la recién nacida república francesa contra las potencias vecinas, y el Corso dominaba gran parte de Italia quedando así infranqueables los Alpes.

En Salzburgo trabó amistad con sir Bristol, amante del arte y de la cultura, quien preparaba una expedición a Egipto e invitó a Humboldt a conocer la tierra de Cleopatra; sin otras perspectivas para escapar de la “trampa” de Europa y realizar por fin sus propósitos científicos en lejanas tierras, aceptó la aventura de acompañar al “viejo loco lord”, acaudalado trotamundos; pero la invasión a Egipto frustró otra vez sus planes.

Desconsolado vuelve los ojos a París, la ciudad gestora de la revolución, convertida ahora en foco de complicaciones bélicas; comprendía los beneficios que la sublevación popular traería para la humanidad, “quiero convencerme, escribía, que todo lo que ahora está sucediendo redundará en beneficio de la ciencia, pero me siento tan impedido en mi actuar que bien quisiera haber nacido cuarenta años antes o después”.

Científico burgués demócrata, temía tanto a la violencia política como a la religiosa, “solo una buena acción será benéfica, decía, la extirpación del sistema feudal y de todos los prejuicios aristocráticos que por tanto tiempo han soportado las clases más pobres y nobles de la humanidad; y ese beneficio podría lograrse si las constituciones monárquicas se orientasen tal como las republicanas”.

Llega a París en 1792, momento estelar para la ciencia, cuando en plena revolución célebres matemáticos dedicábanse a la pacífica labor de medir un determinado meridiano entre Barcelona y Dunkerke; a petición de sus colegas Arago y Biot colabora Humboldt en los últimos cálculos para deducir la exacta longitud del metro, unidad del sistema decimal acordado en Francia por decreto de 26 de marzo de 1791.

La presencia del sabio alemán en la capital francesa regocijó a los círculos culturales; el Instituto Nacional, restituido en sus labores en 1795, le invitó en nombre de las academias de París a dictar conferencias sobre el análisis de la atmósfera y los gases nitrogenados; pero en medio de tantos honores continuaba dominado por su único pensamiento: el gran viaje.

Su amigo, el científico anciano Louis Antoine Bougainville, primer francés que le dio la vuelta al mundo en velero y pionero de los viajes de descubrimientos, le invitó a la excursión al Polo Sur, que planeaba pese a sus 70 años; no obstante los peligros del largo viaje, Humboldt le acepta, pues consideraba traicionar a sus principios perder tal oportunidad. Entre ambos adelantaron preparativos con la ayuda del gobierno francés que puso a la disposición los instrumentos de la Colección Nacional y la corbeta "Vulkan"; cuando todo estaba listo una nueva desilusión frustró el proyecto, la "alianza" contra Francia obligó a que los dineros reservados para la expedición se invirtiera en la defensa nacional. Humboldt sacaba fortalezas del fracaso. "Esta desilusión, este dolor son insoportables —escribía— pero los hombres deben actuar y no abandonarse al dolor".

Y actuó rápidamente para sacar partido de las circunstancias; como había sido destruída la flota francesa en Abukin, resuelve ir por tierra en busca de la armada egipcia para unirse en Trípoli a alguna de las caravanas que a través del desierto iban al Cairo.

Un acontecimiento decisivo en la vida y planes del intrépido científico cambió los designios; Humboldt acaba de conocer en París al joven médico Aime Bonpland, hijo de un cirujano de la Rochele y formado en la Ecole de Medicine de Paris, es fama que la única nota sobresaliente que obtuvo fue en botánica, conforme a su vocación naturalista.

En 1794 Bonpland era cirujano en la Marina de Guerra y cuando conoció a Humboldt carecía de recursos económicos, pero, conocedor este de sus capacidades le invita a participar en sus planes como huésped, colaborador y camarada.

¿Cómo evadir los constantes bloqueos marítimos de las potencias en actitud beligerante? ¿Cómo obtener permiso oficial para visitar las colonias, toda vez que se trataba de una empresa privada y podía suscitar desconfianza política?

Inesperada oportunidad de viajar al Africa del Norte se les presentó; el cónsul de Suecia en París esperaba en Marsella una fragata sueca con salvoconducto para transportarlo a Algier, que el diplomático puso a órdenes de Humboldt y Bonpland; optimistas ambos abandonaron París el 20 de octubre de 1798 para ir a Marsella al encuentro de una nueva frustración; la embarcación no arribó, y tras largos meses de espera se supo que había naufragado.

Humboldt no desfallece, entra en conversaciones con el capitán de un pequeño velero que zarpaba para Túnez, no obstante el régimen despótico y bárbaro allí imperante y la piratería reinante en esos mares; pero tuvo que desistir de su arriesgado proyecto por el bloqueo inglés a la flota francesa cuando la cruzada napoleónica de conquista al Egipto.

¿Qué hacer entonces? Humboldt no estaba dispuesto a regresar a París y renunciar a su obsesión por las Indias Orientales. La solución sería España cuyo dominio sobre las tropicales regiones de Centro y Suramérica lo ejercía desde que Colón en tres pequeñas carabelas arribó a esas tierras el 12 de octubre de 1492.

A fines de diciembre de 1798 sale con Bonpland para Madrid a donde llegan a fines de febrero luego de haber recorrido la región a pie estudiando su flora y geografía. En España disfrutaron de la más amplia hospitalidad popular, aunque también se expusieron a rechiflas cuando sus observaciones magnéticas y meteorológicas en el país de la Santa Inquisición pudieron ser interpretadas como actividades anticristianas; porque a pesar del esclarecido período de Carlos III, la lucha contra la herejía aún perseguía con crueldad los movimientos del libre pensamiento.

Ante la impotencia de Carlos IV su depravada esposa María Luisa de Parma gobernaba influída por sus amantes; por Godoy el "príncipe de la paz", cuyo favoritismo y egoísmo habían precipitado al reino en guerra alternativa con Francia e Inglaterra.

La molición y despilfarro de la corte agravaban la catastrófica situación financiera, la flota había quedado semidestruida en la primera batalla naval contra el Reino Unido el 14 de febrero del 97; y el bloqueo de las costas peninsulares paralizaba el tráfico con sus colonias, únicas fuentes de riqueza, cuya posesión se veía amenazada.

Todos estos factores no eran propicios a los programas de Alejandro; el comercio con las colonias, monopolio oficial y, reducido a un convoy anual cuando lograba burlar la vigilancia británica.

La corrupción reinante en la España de los borbones se refleja también en la política de los representantes de las católicas majestades en todo el territorio colonial. Los cuatro virreyes de México, Bogotá, Lima y Buenos Aires, así como las capitanías generales de Guatemala, Caracas y Santiago, apoyados en pocos miles de soldados y burócratas y en las comunidades misioneras católicas ejercían en los dominios un despotismo encaminado exclusivamente a mantenerlos sometidos.

En las colonias le estaba prohibido el comercio a los extranjeros, y se castigaba con incautación de sus fortunas y en veces con la muerte; la divulgación a extraños de informaciones político-económicas se sancionaba con prisión perpetua.

En estas circunstancias restrictivas de la libre actividad no es de admirar que en los tres siglos de dominación española en Indoamérica, apenas sí se habían realizado seis viajes de interés científico, cuya acción había tenido que reducirse al estudio de las regiones costaneras, por temor a las sanciones en el virreynato, o a su regreso en la metrópoli, como le aconteció a Alejandro Malaespina, quien desde 1789 y por encargo del Rey, realizaba con una flotilla mediciones a lo largo de la costa norte de la América oriental, y a su regreso en 1795 fue reducido a prisión por sospechas políticas.

Humboldt, acostumbrado a los desengaños, no pensó que a pesar de tan adversas circunstancias se encontraba ya en vísperas de realizar sus

anhelados planes; la diferencia de ideales políticos entre él y Bonpland vino en beneficio de ambos; su amigo a más de ciudadano francés era un convencido y apasionado enemigo de la revolución, acreedor a la confianza del gobierno español; él, aunque barón prusiano, sus tendencias burguesas le daban el carácter de herético investigador naturalista, sospechoso de ideales republicanos.

Desconfiando en el éxito ambos deciden acudir a la Cancillería del Estado y al Gran Consejo de Indias en solicitud de permiso para trasladarse a las posiciones de ultramar en viaje de investigación científica de la naturaleza tropical. Con diplomático tacto Humboldt buscó la asesoría eficaz y definitiva del embajador de Sajonia, barón Forell, y del primer secretario de la Corona Española, Mariano Luis de Urquijo, dos influyentes amigos.

Forell acreditó la gloria del científico alemán ante su majestad y le aseguró franco acceso a la corte; Urquijo, hombre de claro talento y furibundo adversario del oscurantismo medioeval en que aún yacía el pueblo español, es su mejor abogado.

El corrupto Godoy, caído en desgracia ante la real cortesana por ulteriores amoríos, suscita un conflicto político entre el progresista Urquijo y sus reaccionarios opositores para aparecer como el único sujeto capaz de salvar a los Borbones de las represalias del pueblo; pero el discreto primer secretario Urquijo logra conjurar las intrigas de Godoy y surge como el hombre fuerte e indispensable para su majestad, preocupada ya por su trono y por su vida.

Culminan las gestiones de sus amigos en el otorgamiento del permiso para entrar a las colonias americanas, con amplio pasaporte expedido en Aranjuez (7/V/79) y poderes para adelantar libremente sus investigaciones, a más de salvoconducto en el uso de sus instrumentos; agradecido Alejandro, le escribía a su hermano antes de abandonar Europa: "Jamás a un viajero se le ha concedido tan ilimitado permiso, jamás el gobierno español honró con tanta confianza a un extraño"; y años después, desde Santafé le comunicaba: "El pasaporte obra maravillas".

El 5 de junio de 1799, aún no cumplidos los 30 años, zarpaba de la Coruña en la fragata "Pizarro" el hombre a quien por sus investigaciones naturalistas adelantadas durante cinco años en Cuba, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, México y Estados Unidos, la historia le otorgó el título de "Nuevo Colón", o "Descubridor científico de América".

Ya lo había dicho Goethe como ciudadano del mundo: "El desarrollo de la ciencia humana necesitaba de un Humboldt"; el mensaje histórico de este "Nuevo Aristóteles", como le llamaban sus contemporáneos, no perderá nunca su vigencia, porque, son sus palabras: "El hombre debe querer siempre lo bueno y lo grande, lo demás depende del destino".